

## **LA INFANCIA DE BLAS CABALLERO CASTILLO (Un campesino santeño)**

*Blas Caballero Castillo*

Blas Caballero Castillo es el jardinero del Museo de la Nacionalidad de la Villa de Los Santos, trabajo en el que se esmera y realiza con extremado cariño desde el año de 1975, consciente de la importancia de esa institución sin paralelo en todo el territorio nacional.

El Museo de la Nacionalidad, obra visionaria de la Dra. Reina Torres de Araúz, nos presenta una casa campesina del siglo XIX con todos sus atuendos. Al penetrar en ella, nos sentimos impresionados de las muchas cosas que se han rescatado para darnos una visión de la Villa en el período en el que se dio el Grito de la Villa del 28 de noviembre de 1821.

Ahí trabaja Blas Caballero, hombre de fácil comunicación, que en forma espontánea pone al viajante en contacto con las tradiciones pueblerinas. Pero don Blas, que cuenta ya ochenta años de edad; es un hombre que le encanta hacer recuerdo de sus años infantiles.

Blas Caballero Castillo (Céd. 7 AV-11-3-356) nació en la Villa de Los Santos al empezar el siglo, es hijo de españoles. Su Padre, Julio Caballero y su madre María del Carmen Castillo se radicaron en El Espinal, en donde nacieron todos sus hermanos.

Su padre era agricultor, pero de igual manera se dedicaba a la pesca. “Cuando yo era un niño, nos afirma Blas, aquí no había caminos, todos los viajes se hacían a caballo, y para ir a Panamá había que tomar una embarcación en el Higuerón (Puerto Natural de Los Santos), con todos los extremados peligros que ello entrañaba. Se tomaban ocho días con suerte para llegar a Panamá.

Para ir a Las Tablas la gente comúnmente tomaba un día de viaje; pero en los tiempos lluviosos aquello era una tragedia por los lodazales; cuando crecían los ríos, todos los pueblos quedaban aislados.”

“A principios de siglo las noticias de otros lugares eran escasas, y cuando alguien llegaba de otro lugar, la gente lo rodeaba para escuchar las nuevas. Aquello era todo un

acontecimiento cuando alguien llegaba desde Panamá. No faltaban quienes para darse importancia, hasta exageraban sus experiencias.”

“Había en estas comunidades una gran ignorancia, poca instrucción y casi nadie sabía leer o escribir, y se notaba mucha diferencia entre la gente del pueblo y los campesinos, que en forma usual tenían temor de hablar con la gente educada.”

“La primera obra pública que se construyó en la Villa de Los Santos la hizo el Presidente José Domingo de Obaldía, y quien trajo la cabecera de Pesé a Los Santos. Aquello fue todo un acontecimiento festejado con gran alegría.”

“El Presidente Obaldía construyó un puente sobre el río la Villa, lo mismo que reconstruyó el Cuartel de la Policía, y el edificio de la Gobernación”.

“Nada nos impresionaba tanto como los políticos que venían de Panamá. Aquí siempre se les consideraba gente muy importante, y la gente se desvivía por hacerles regalos para hacerse sus amigos. A pesar de que casi siempre eran unos mentirosos que se aprovechaban de la ignorancia del pueblo.”

“Generalmente los políticos solo llegaban aquí cuando se iban acercando las elecciones, hacían concentraciones para repartir alcohol que traían desde Panamá, y se entrevistaban con los caciques que se encargaban de comprar los votos”.

“Mucha gente consideraba un compromiso muy serio el prometer un voto, y no se cambiaba bajo ninguna circunstancia, pero lo frecuente era la compra del voto”.

“Los caciques abusaban de la ignorancia del pueblo. La gente de dinero obligaba a todos sus mozos y compadres que votaran por el candidato escogido por ellos.”

“La situación del campesino era trágica. Era increíble como se explotaba al campesino. Cuando aquel llevaba sus productos al pueblo, estaba a merced de los precios caprichosos que le ponía la gente del pueblo. Todos abusaban sin misericordia del pobre campesino, que para no regresar con la misma carga se veía obligado a vender muchas veces a un precio de miseria.”

“La situación era otra cuando el campesino compraba. En las tiendas se veía al campesino como si fuera un paria, un ignorante, un hombre fácil presa de la explotación. Pero el campesino ni siquiera se atrevía a levantar la voz, responder o reclamar.”

“La gente del pueblo veía con desprecio al campesino. Cuando éste llegaba a la casa de alguien del pueblo era siempre temeroso. Cuando vendía para comprar siempre quedaba endeudado.”

“No podemos olvidar jamás que esta situación empezó a cambiar cuando llegó al poder el Dr. Belisario Porras, cuya verdadera obra quedó para siempre en el hombre del campo, que nunca lo olvidará.”

“Lo primero que hizo el Dr. Porras fue crear muchas escuelas en todos los rincones del país. Con el Dr. Porras todo campesino empezó a aprender a leer, a escribir y a contar. De tal forma que ya no hubiera más engaño con la gente humilde, pues quien aprendía al reclamar sus pagos lo hacía ya con gran sentido de seguridad.”

“Yo recuerdo que muchos enemigos del Dr. Porras decían que éste era un hipócrita, y que además estaba loco, pero le dio al campesino el medio de defenderse contra la explotación y contra la ignorancia.”

“Me acuerdo, que mientras fue Presidente el Dr. Porras le encantaba andar metido por los pueblos cuando nadie lo esperaba; se sentaba en el parque de La Villa de Los Santos y ahí, sin escoltas, conversaba con todo el mundo. Su mayor alegría conversar con los niños campesinos. A él le encantaba hablar con los ignorantes.”

“No hay duda de que entre las grandes obras del Dr. Porras está la carretera, a pico y pala. De Mensabé a la Capital, para unir pueblo tras pueblo, no para acortar las distancias, sino para permitir que todo el mundo pudiera ir a la capital.

**DISCURSO PRONUNCIADO PARA DAR LA BIENVENIDA  
AL DR. BELISARIO PORRAS, A SU REGRESO A LA PATRIA  
EL DÍA 26 DE MAYO DE 1918**

**(Fragmento)**

*Jeptha B. Duncan*

“Llegáis a la Patria, doctor Porras, en momentos solemnes para la República, la situación política por la que atravesamos, oscura, incierta y llena de presagios siniestros, requiere ya rayos de luz que le aclaren y ráfagas de aire sano que la depuren”.

“Los istmeños aspiran a pisar sobre terreno firme, que no sobre arenas movedizas, y la Patria, que no es tan solo el Partido, pide ansiosa el concurso de vuestras luces, reclama vuestros sabios consejos”.

“El pueblo panameño mira en Vos al gran tribuno que en horas de prueba, jamás lo ha abandonado, y mira también en Vos al Jefe Supremo del Liberalismo Istmeño, cuyas glorias alcanzadas en el estadio de la prensa, en la diplomacia y en la política, son inmarcesibles, y quien en todas las épocas ha dado testimonios inequívocos de que en su grande y bondadoso corazón, solo ha palpitado el anhelo de que la Nación Panameña fuese feliz, fuese grandiosa, fuese respetada en el mundo como un modelo de las democracias bien constituidas”.

“Ese pueblo, doctor Porras, os recuerda aún en los campos de batalla cuando inspirado por el espíritu patriótico que os caracteriza, luchábais por el triunfo de elevadísimos ideales; os recuerda en las pasadas horas de tristeza y de amargura para el Partido en que Vos, no obstante los obstáculos y sacrificios, mantuvísteis levantado el ánimo y ardiente el entusiasmo; os recuerda en los días de alegría en que no dejándoos adormecer por la victoria, permaneciste cual centinela incansable, alerta y vigilante por el bien del país, y hoy cuando en atención a su llamado, acudís a la Patria, venid a prestarle vuestra ayuda a este pueblo, Doctor Porras, henchido el corazón de desbordante gratitud, electrizando el ánimo de las masas”.

“Y por tan noble y levantada actitud, nunca tal vez como hoy hace hecho merecedor ese pueblo del elogio que en una ocasión le tributásteis... *En nuestras montañas, dijisteis en aquella ocasión, existe una flor que no tiene en los días ordinarios o comunes todo su mérito. Cuando brilla el relámpago en la altura y retumba el trueno, y cae la lluvia y retumba el trueno, cuando sopla el viento enfurecido, así agitada, desbojada y herida es cuando ofrece sus fragancias en todos los rincones de la sierra y el valle. Vosotros noble y leal pueblo de Panamá, Vosotros sois como esa flor, buenos amigos, presentes en los días de prueba, por encima de las pasiones de la tempestad, capaces de todos los sacrificios hasta pasar la prueba*”.

“Esta grandiosa manifestación, doctor Porras, como bien lo veis, no es una manifestación partidista, sino una manifestación nacional, ella constituye el símbolo de todo un pueblo, que os invita a asumir la dirección de un movimiento nacionalista, cuyo fin es destruir el peligro que hoy amenaza al país”.

## DISCURSO DE ERNESTO DE LA GUARDIA JR., ANTE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA LENGUA (1966)

*Belisario Porras*

Cuando en 1942, tras una larga vida de bregas y de afanes, de sacrificios y de luchas, desapareció de entre los vivos la relevante figura cuyo Centenario estamos celebrando, hube yo de manifestar que “nada hay que mueva tanto a la reflexión como una tumba, nada que incite tanto el pensamiento como la tierra que se abre en gesto maternal para recoger en su seno los despojos mortales del hombre”. Y hube de agregar enseguida, que cuando ese hombre tiene la talla de un Belisario Porras, lo que pudiera ser tal vez mera inquietud espiritual, rompiendo el quietismo interior de la manta, se convierta en un imperativo de la meditación y el raciocinio.” Podía entonces tejer unos comentarios en torno al hecho de que su muerte, por lo avanzado de la edad en que ocurría y por haberse producido cuando él ya casi pertenecía al pasado, acicateaba el pensamiento para encuadrar la egregia figura en el marco cambiante de la historia. Y podía extenderme en consideraciones acerca de que para su propio bien, para el balance y contrapeso de una vida, quizá vivió demasiado Belisario Porras; de que él, que había sido paradigma de dinamismo y de acción, “él, que no estaba moldeado para el reposo de la edad madura, había peinado canas octogenarias y así, por el efecto deletéreo de los años, lo que fueren un tiempo bríos y arrestos juveniles de un espíritu altamente combativo se tornó en la contextura endeble de un anciano a quien, si los recuerdos que rumiaba le encendían la mirada, la caducidad del cuerpo lo constreñía al sedentarismo y a la paz del hogar”. Eran aquellas, observaciones que me inspiraba de momento la caída de quien había vuelto al polvo cuando una diferencia fundamental separaba lo que él era y lo que él representaba de todo cuanto ejercía de señuela a las nuevas generaciones del Istmo. Hoy, en el acto que aquí nos congrega, debe realizar una mayor indagación y un estudio más hondo acerca de las cualidades y circunstancias de la vida de Belisario Porras.

Al hombre le caracteriza, entre otras cosas, la capacidad de reflexionar sobre sí mismo, de mirar su propio ser a distancia, de confrontar su propia existencia como problema y como posibilidad.

Sin embargo, o quizás por ello, nada hay más arriesgado y aún más temerario, que el emitir concepto sobre un hombre. Ninguna interpretación de la conducta individual de un ser humano puede ser totalmente objetiva porque, querrámoslo o no, ella ha de contener siempre, más o menos oculta, más o menos visible, pero de modo invariable, una cierta versión del intérprete sobre su propia personalidad. Cualquier dictamen de nosotros sobre los actos de nuestros semejantes es en el fondo un pronunciamiento sobre nosotros mismos. Y nada resulta tan difícil como evaluar con exactitud las actividades de un individuo, como descubrir su fisonomía espiritual. Ello es así, más que por el hecho de que cada individuo, según lo afirma una tesis de actualidad, constituye una realidad única, impenetrable e intransferible, por el de que como hombres tenemos algo fundamental de lo cual nos es imposible hacer abstracción para juzgar a los demás, a la manera como juzgamos la naturaleza exterior. Nuestro juicio sobre un hombre cualquiera, vivo o muerto, estará informado invariablemente por nuestras propensiones, nuestros sentimientos, nuestras actitudes, nuestras convicciones ideológicas. Y no importa cuanto nos esforcemos en ajustar a la realidad la imagen de un personaje tal o cual, que por uno u otro motivo nos interesa, en ella pondremos siempre parte de nosotros mismos, restándole quizás algo a cuya aceptación se resiste nuestra simpatía o nuestro carácter.

Todas estas dificultades se agrandan cuando tenemos que enjuiciar a un hombre tan eminente por lo dilatado de su acción como Belisario Porras, cuya personalidad se proyecta sobre la vida de sus contemporáneos, produciendo a su alrededor variadas corrientes de sentimientos y de ideas. Y el empeño se hace todavía más difícil cuando nos encontramos frente a un político como él, que vivió épocas dramáticas, frente a un político a quien siguieron multitudes de devotos y combatieron millares de adversarios irreductibles, frente a un político que creó unas cosas y destruyó otras y que dispuso de un Poder y un ascendiente personales, los necesarios para hacer a su arbitrio tanto el bien como el mal. Durante seis décadas, desde el alba juvenil hasta el ocaso de la senectud de Belisario Porras actúa en la vida pública panameña. Desde los primeros instantes avanzó resueltamente hacia los planos dirigentes. Encabezó movimientos revolucionarios que estuvieron a punto de truífar y si el advenimiento de la República limitó el escenario de su acción, le abrió posibilidades ciertas de éxito.

Hombre de sello personal indiscutible, agresivo e impetuoso a la vez, la adhesión popular lo erige desde el primer momento en caudillo para llevarlo luego, entre voces aclamatorias, a la máxima posición de la vida pública, que ocupa por cerca de diez años. Cuando la deja, doblado al peso de la fatiga y de los días, sigue conservando un ascendiente sobre las masas que lo acompañan hasta poco antes de la muerte. Este es, en pocas palabras, el panameño que reclama nuestro examen al cumplirse el primer Centenario de su nacimiento. No constituye compromiso fácil ese examen y resulta más empeñoso aún para quien debe realizarlo cuando se encuentra en la misma posición que Belisario Porras ejerciera de manera tan peculiar, tan suya; pero como no hay solución de continuidad en el derrotero histórico de los pueblos y la evaluación de las figuras del pasado es indispensable para orientar nuestra conducta por entre las perplejidades e incertidumbres del presente, es menester ensayarlo, siquiera sea brevemente.

La historia va definiendo en sus caracteres reales la acción de las personalidades más sobresalientes, ofreciéndonos sus perfiles de un modo más o menos fiel, libre de mutilaciones y deformidades. En lo que hace a Belisario Porras, aún cuando solo han transcurrido tres escasos lustros de su muerte y todavía nos movemos dentro de un ámbito histórico en el que vibran los ecos de su gestión, el juicio puede formular ciertas conclusiones, si no definitivas, al menos alejadas de lo provisional. Y el balance de sus actividades justifica el homenaje que hoy le rinde la Nación. Ello es así hasta el punto de que si borráramos la impronta de sus pasos por la historia panameña, sentiríamos enseguida que nos falta algo a que referir mucho de lo que ahora tenemos y consideramos imprescindible y descubriríamos que sin su acción careceríamos de logros sobre los cuales debemos apoyarnos para cumplir las responsabilidades a que el presente y el futuro nos encaran. Allí está señores, la medida y el sentido de su obra.

Una obra que podemos apreciar mejor en la proyección de una generación que se ha labrado un puesto insigne en la historia de la República. Con ser él de cualidades tan sobresalientes, con ser él tan inconfundible, Belisario Porras se destaca, sobre todo, como figura representativa del equipo de hombres mejor integrado ideológica y políticamente con que ha contado la Nación. Fraguado en las vicisitudes políticas de un cuarto de siglo, obligado a un

esfuerzo constante para no sucumbir a la decepción y al renunciamiento que acarrea la adversidad, ese conjunto humano se siente portador de un ideario, vehículo de un propósito, obrero de una misión y libra por entero las batallas que le exige la afirmación de su ideario, la consecución de sus fines, el cumplimiento de su destino.

Belisario Porrás, Carlos A. Mendoza, Eusebio A. Morales, Ramón M. Valdés, Francisco A. Filós, para mencionar unos cuantos, sin que la omisión de otros implique desconocimiento de sus méritos, desfilan por la historia nacional unidos en la tensión de un esfuerzo incesante por afirmar la nacionalidad.

Embebidos en la idea del liberalismo, de aquel liberalismo que arrebató de las manos feudales el Poder, que dio al traste con la intolerancia religiosa, que estableció el derecho de propiedad y que creó el sufragio universal y lo hizo respetar, bregaron a fondo por moldear conforme a sus ideas las instituciones republicanas. La libertad como concepto básico, infundía y matizaba todos sus planes y proyectos de gobierno y las condiciones en que surgió la República contribuían a fortalecer su creencia y su fe en que la libertad, una libertad sin trabas ni cortapizas, una libertad sin horizontes, era todo lo que el hombre requería para realizar plenamente su personalidad por entre el complejo de fuerzas que se trenzan en la vida social. No cabe duda de que las circunstancias de hoy difieren de las que demarcaron el perímetro vital de Belisario Porrás y sus contemporáneos. La empresa que la hora actual nos propone se mueve bajo un signo distinto al que presidía lo que ellos realizaron. Para todas y cada una de las generaciones hay una tarea que se asemeja a la de estrenar mundos, iniciar eras y renovar todo, desde la raíz hasta la cúspide, en ruptura absoluta con el pasado. Y está bien que así sea porque de otra suerte el proceso humano quedaría detenido. *Pero cuando uno contempla en amplia perspectiva la trayectoria de la humanidad entera a la de un pueblo siquiera, ve a las claras que el trabajo de todas las generaciones se apoya en el de las que le precedieron y que por hondas que parezcan las diferencias entre unas y otras, todas se mueven en un impulso unívoco hacia una misma meta, que es la libertad y la justicia.* A la época de Belisario Porrás y sus contemporáneos le correspondió establecer, organizar y poner en marcha las instituciones identificadas con la República democrática y republicana. Y si ellos hicieron eso sobre

bases económicas que el pensamiento de entonces juzgaba como estables y amplias, pero que los hechos y experiencias de medio siglo han comprobado que eran escasas o insuficientes, a nosotros nos toca empeñarnos porque la libertad política que ellos nos legaron se consolida y afiance por obra de la seguridad material. Si el Estado de este siglo no puede tener la pasividad que tuvo el de los tiempos de Belisario Porras; si es menester que él sea un órgano activo y vigilante; si las concepciones económicas de Adam Smith necesitan reformarse en el sentido de que admitan alguna acción reguladora externa, capaz de poner coto a las inevitables injusticias de un sistema que fallaba por ser demasiado romántico en sus ideas de libertad; si antes que una actitud de caridad frente a la pobreza, urge que nos dispongamos a cabar con ella mediante remedios más eficaces que el del sentimiento, no por ello dejan de tener vigencia entre nosotros la postura propicia al raciocinio y a la innovación de Belisario Porras y sus coetáneos, la virtualidad creadora de las ideas que ellos propalaron y su aptitud para actuar frente a los problemas de la nacionalidad, desarrollando y afianzando ésta. Cuando revisamos los hechos y las hazañas de esos hombres, exonerándolos de las cosas menudas con que los gravaban meras querellas de ocasión, no podemos menos que advertir cómo se inspiraban en un sentido nacional, que era lo que daba impulso a sus ideas y a sus actos. Ello se aprecia en Belisario Porras mejor que en nadie, por el tiempo que le cupo actuar frente a la rectoría de la vida pública panameña. Pero allí está en las oraciones de Pablo Arosemena y Carlos A. Mendoza y en los escritos de Eusebio A. Morales y Ramón M. Valdés. Y a esta característica se debe el que, según repito, ellos se perfilen en nuestra historia republicana como un conjunto humano no superado aún por su pensamiento y su obra.

El espíritu que informó sus vidas debe servirnos como guía en el desempeño de la obligación que la historia nos ha impuesto. Y esto es, señores, en mi concepto, la lección más profunda que se desprende de la vida del hombre ilustre a cuya memoria le estamos rindiendo tributo en estos momentos.

*Ernesto de la Guardia, Jr.*

Panamá, 24 de noviembre de 1966  
(copia)

## EL CAUDILLO DE LEVITA (diez apuntes para un retrato)

Roque Javier Laurenza

*His bitterest enemies (and his enemies were never mild) and his warmest this friends were never tepid) could justify, with equal plausibility, their denunciations and their praises...*

Lytton Strachey.

*Tous ses vices ont été de ceux que la grande fortune rend aisément illustres, parece qu'ils ont été de ceux qui en peuvent avoir pour instruments que de grandes vertus.*

Cardenal de Retz.

### AL LECTOR

Escritas en Río de Janeiro, en agosto de 1942, las siguientes notas fueron publicadas ese mismo año, aunque en la versión mutilada por la mojigana provinciana de un censor poco avisado.

Por primera vez aparecen aquí en su forma original y completa, revisada.

Todas las frases que figuran entre comillas son auténticas, llegadas a mi conocimiento a través del testimonio de políticos coetáneos de Porras (Alfaro, Andreve, López, Duncan, etc.). Ellas reflejan ciertos tics característicos del habla del caudillo y sirven para acentuar los tonos psicológicos del retrato. Asimismo, las escenas que se describen son verdaderas y apenas modificadas ligeramente de acuerdo con un propósito estético.

En realidad, estas breves páginas no pueden aspirar a la exactitud histórica. Panamá está lejos aún de alcanzar la sazón en que los pueblos comprenden el hecho elemental de que la vida de sus hombres públicos pertenece a la historia en todos sus detalles y que, en el caso de los grandes personajes, no existe una zona vedada, de intimidad secreta e inabordable.

Tienen, así, estas páginas un mínimo y modestísimo propósito; ofrecer al futuro biógrafo de Belisario Porras unos cuantos útiles

–paletas, colores y pinceles– con los cuales, según mi visión muy personal y subjetiva, se podría hacer un retrato del Caudillo de Levita. Y nada más.

Maisons-Laffitte (alrededores de París)  
1972.

## I

*El Doctor Belisario Porras, quien fue durante largos años Presidente de Panamá, ha muerto en la capital del Istmo*, dice el lacónico mensaje que leo en la prensa de Río de Janeiro, frente a la bahía de Guanabara que él admiró una vez al lado del Barón de Rio Branco. La verdad es que, en medio de la segunda guerra mundial, la breve noticia fúnebre pasará inadvertida. Sin embargo, allá en mi lejano país, un pueblo está de luto. Ha terminado la última escena de una época, escena en la que se veía marchar por las calles panameñas a un viejo gallardo, de levita gris, sombrero en mano, siempre saludando, mientras la gente murmuraba, al responderle, “¡ahí va el doctor, ahí va el doctor...!” como un eco que despertaba el paso del ilustre octogenario.

Con cada muerte familiar, algo muere en nosotros también y aún más cuando se trata de alguien que fue imagen de un pueblo, epítome y espejo de un largo capítulo de historia nacional. De 1856, año del nacimiento de Porras, a este de 1942 en que muere, los días han arrastrado innumerables rostros y hechos en su carrera hacia el olvido. Lejos quedan, en efecto, los años tumultuosos de Correoso y Rafael Aizpuru, de Albán y Herrera, de Carlos Mendoza y Eusebio Morales, de Ramón Valdés y Rodolfo Chiari. Ya podemos ver esas imágenes del drama civil en que fueron protagonistas aquellos hombres, desde la cómoda perspectiva de la posteridad, como si fueran los cuadros de un museo. Recorrerás la vasta galería; nos detenemos ante cada una de esas pinturas y una impresión gana nuestro ánimo: la raza de los caudillos ha terminado en Panamá. Arnulfo Arias es, sin duda el último ejemplar de esta especie. Nuestra vida política implica a medida que aumenta la riqueza nacional y las clases populares acceden a las primeras letras y a la educación superior. Panamá

vivirá por algunos años la hora de los clanes para entrar luego dentro de cierto tiempo, en la de los conflictos sociales. Al caudillo que regresaba de los campos de la guerra civil o que surgía el tumulto retórico de la plaza pública –y detrás de quienes estaba siempre el príncipe de la cuenta corriente– cederá el paso al tecnócrata de las estadísticas y los organigramas... Y, a su vez llegará el turno de... Pero esto, en el fondo, es el progreso.

## II

La muerte de Porras cierra, como decía, un capítulo de la historia panameña. Es el momento propicio a los recuerdos. A mi memoria viene, al cabo de dieciocho años, una escena de mi adolescencia, cuando por vez primera estuve cerca del famoso tableño. Una mañana, al azar de mis vagabundeos de muchacho, encontré una multitud endomingada reunida en torno a una tribuna un hombre de levita gris, cabellos canos, bigotes mosqueteros y tez rosada pronunciaba un discurso. El Doctor Porras inauguraba el Hospital Santo Tomás y, entre las risas respetuosas de los presentes, explicaba por qué lo había hecho construir.

Un amigo suyo, “mi amigo Toto, que era alto, rubio, musculoso y fuerte”, gravemente enfermo, no había querido ir al antiguo centro de salud “porque estaba cerca del cementerio”. Porras comprendió las razones de su amigo y dispuso entonces que se construyera un moderno hospital, lejos de aquel sitio fatídico, de manera que todos los Totos de Panamá pudiesen remediar sus males físicos sin tener frente a los ojos ese lugar sombrío donde tantas cruces anuncian el reino de la muerte.

Mi segundo encuentro con el Doctor Porras ocurrió muchos años después, en circunstancias melancólicas, cuando ya estaba retirado de la vida pública. Fue en casa de Ricardo Miró y pocas semanas antes de morir el poeta.

Una tarde, Rodrigo Miró, que ya se preparaba a recoger la tradición literaria de su nombre, examinaba en mi compañía unos libros cuando, de pronto, sin previo aviso, apareció en la sala el Doctor Porras, acompañado de su esposa, la fiel Antígona de sus pasos vacilantes.

–“Vengo a ver a Ricardo... a mi Ricardo...” dijo a guisa de saludo.

Belisario Porras le abrazó como queriendo transmitirle el secreto de su propia juventud perenne, de esa fuerza interior suya, que le permitía pasados los ochenta años, subir dos largas escaleras sin descansar.

–“¡Estás muy bien, Ricardo; pero si estás muy bien!”– decía el anciano al poeta enfermo, como si quisiera transmitirle su propio vigor extraordinario.

Doña Alicia Castro de Porras, la esposa y las hijas de Miró formaron un grupo, mientras los dos amigos, Rodrigo y yo salimos al balcón. Caía la tarde. Frente a nosotros, el paisaje marino era una perfecta imagen de abanico. En primer término, la pequeña ensenada del antiguo mercado de Panamá, erizada de mástiles, y, al fondo, los barrios residenciales, que había abierto al progreso la tenacidad del viejo caudillo.

–“¡Mira, Ricardo, allá están la Exposición y Bella Vista, mis “elefantes blancos, como decía esa serpiente de Nicolás Victoria” ...

Un silencio y luego:

–¡Lástima que no me dejen volver a la Presidencia, Ricardo, esos liberales ingratos... Pondría en práctica unos proyectos maravillosos que tengo... Grandes proyectos, Ricardo... –repetía el anciano, mientras el poeta Miró fumaba sin responder, lleno de nostalgias inexpresables.

–“¡Qué lástima, Ricardo, qué lástima!”... Sin embargo, allí quedan nuestras obras. Tú tienes los *Preludios*... y yo tengo estas cosas...” –y el Doctor Porras abría los brazos como si tratara de abarcar a todo Panamá.

En ese momento, Rodrigo Miró se dio cuenta de que Porras murmuraba, entre dientes, una frase latina. Rodrigo no supo decirme cuál era. Pero yo estoy seguro de que se trataba del horaciano *Non omnis moriar*, no he de morir del todo, dicho con la justa jactancia de quien ha construido los propios pedestales de su fama. Y en ese instante mismo, como un truco teatral dispuesto por un invisible director de escena, una bandada de pájaros cruzó frente a nosotros.

–“¡Tus gaviotas, Ricardo, tus gaviotas...!” –exclamó el Doctor Porras, aludiendo al célebre soneto de Ricardo Miró.

El poeta respondió con una sonrisa. Y como en los viejos días de la Presidencia en aquellas animadas tertulias palaciegas, cuando Porras se paseaba por los salones, entre las filas de áulicos sumisos, apoyado en el hombro de Bertín Mina o en el de Jorge Icaza Fábrega, el viejo caudillo se apoyó ligeramente sobre el hombro de Miró, tembloroso un instante, los ojos, tras los bachillerescos espejuelos, humedecidos por la ternura, para murmurar con afectuoso dejo:

—“¡Mi poeta, hombre, mi poeta...!”—mientras seguía mirando el paisaje familiar de la bahía panameña, que los dos vieron durante muchas tardes triunfales de la edad madura y que volvían a ver, otra vez juntos, en la hora triste y solitaria del ocaso.

### III

Como siempre acontece con los hombres que alcanzan por el propio esfuerzo el poder político y que se convierten en el objeto de la admiración constante de sus conciudadanos, Belisario Porras llegó a pensar que el pueblo panameño era la prolongación de su propia familia, sobre la cual reinaba por derecho divino. *Mi hospital, mi Exposición, mi poeta...* Así suelen hablar los reyes y así hablaba este Luis XIV tropical. Porque, aún después de abandonar la Presidencia, en 1924, Porras se consideraba el árbitro supremo del país y ante sus ojos los nuevos gobernantes —Chiari, Arosemena, Alfaro, Arias Madrid, etc.— eran tan sólo los tolerados procónsules de su imperio inalienable. “*El orgullo no es un crimen en los hijos de mi raza*”, ha dicho Bergerac, y Porras parece repetirlo. Rey sin corona y fiel amigo de las citas clásicas, a Porras le hubiese complacido que se colocara bajo su nombre, en el mármol de la tumba, aquello que D’Aubigné dijo de Enrique IV: “*Digno del reino, aunque no hubiese reinado*”. Pero tal vez, entonces, el viejo bachiller de Bogotá, con una pedante sonrisa a flor de labio, se acercaría para corregir su epitafio, y decir con exacta erudición rosariana: “Eso es una paráfrasis, hombre! Me gustaría más lo de Tácito, que decía: *Imperii capaz nisi imperasset...*”.

#### IV

Como Disraeli conoció terribles dramas íntimos, y se vio cubierto de los mayores insultos y de los más exaltados elogios, lo isni que Disraeli, fue profundamente honesto. A él solo le interesaba el ejercicio del poder y los intereses de la patria. La docilidad de los hombres y los partidos, como instrumentos de su voluntad de Capitán y Adelantado. Porras, lo mismo que el *Primer Ministro*, aprendió a ser orgulloso cuando le quisieron enseñar a ser humilde.

Como Disraeli llegó a ser lo que fue, porque era él y nada más. Porras fue el heredero de Porras, fue el Pigmalión y la Galatea de sí mismo, así como Disraeli se fue formando a imagen de sí mismo; pirandillescamente Porras fue un personaje creado por un novelista que se llamó Belisario Porras. Le faltó sin embargo odiar tan profundamente como Disraeli o despreciar tan elegantemente como aquel.

En nuestra historia el caso de Porras es único. Ninguno de los personajes de la comedia política panameña guarda con él semejanzas psicológicas. Y entre los de la colombiana tampoco es fácil encontrar un paralelo a lo Plutarco, aunque tal vez se podría citar a Rafael Núñez; pero, claro está, sólo en lo que atañe a la mecánica sentimental, al fondo recóndito del alma, a la zona secreta donde están los resortes de la personalidad, como dos relojes pueden parecerse aún si sus dueños caminan por senderos opuestos y bajo estrellas contrarias y distantes.

El hecho es que Porras conoció terribles dramas íntimos. Los peores insultos y los más encendidos elogios atizaron la fama de su nombre. Un hijo muere trágicamente y Roma anula su primer matrimonio gracias a los sombríos argumentos presentados por él mismo.

Y aquí se plantea una vez más el problema de la biografía de Porras. ¿Cómo, en efecto, escribir su vida sin tratar de manera directa los episodios de la intimidad de Porras? Cada día la tarea se hará más difícil. Los documentos oficiales sobre el trámite de su caso han desaparecido de los archivos públicos y sólo quedan vivos muy pocos testigos.

Refiriéndose a Gladstone, en una página famosa, Lytton Strachey dice que amigos y enemigos podían justificar con las mismas poderosas razones su acusación y su defensa. Tal parece ser el caso de Porras, cuya dramática vida ofrece episodios no del todo claros y que exigen, para conocerlos en sus detalles y poder examinar el mecanismo psicológico del personaje, la discreta lejanía de la historia. Mas ¿por qué se impone tal búsqueda en el laberinto de una vida íntima? –preguntará, como siempre, el mojigato remilgoso. La respuesta es obvia, porque Porras pertenece a nuestra historia; porque él es uno de los pocos hombres interesantes que han pasado por la vida pública de Panamá. ¿Está claro?

Además, el juego continuo de luces y sombras que constituye la personalidad de Belisario Porras reclama una exégesis profunda de sus actos. ¡Extraña personalidad, en efecto, la suya! Aprendió a ser orgulloso cuando quisieron enseñarle a ser humilde. Era un escéptico y, a la vez, presa de pasiones violentas. Desdeñaba a los hombres y no podía estar sin ellos. Era un sentimental, con la lágrima fácil y el abrazo pródigo, y a lo largo de su vida no hizo más que ir cortando de raíz el afecto de sus viejos compañeros de luchas y dando a cada uno de sus colaboradores más íntimos secretos motivos de resentimiento. Como hombre de Estado, poseía un alma generosa y levantada, capaz de las más nobles causas y de las más avanzadas realizaciones; pero, como individuo, era capaz de mezquindades tristes y ridículas. Hay que haber vivido como yo, de niño, en la intimidad de familias políticas como los Aizpurus y los Mendozas, para conocer ciertas “historias de Belisario”. Las de su famosa tacañería, por ejemplo. Porque Porras, que se dolía de la pobreza de nuestro pueblo y trató siempre de crear los medios para combatirla, personalmente mostró el gesto corto y la mano cauta en el auxilio directo a un desdichado.

Un cronista de Palacio podía recoger en un mismo día motivos para el vituperio y razones para el aplauso. Las contradicciones –siempre el juego de luces y de sombras– eran constantes. Colocaba en su lugar a un impertinente diplomático de los Estados Unidos e iba luego a Washington para suplicar, en un inglés atroz y pintoresco, la intervención extranjera en su

propio país. (Y años más tarde, en un folleto que pocos panameños han leído, abjuraba de sus flaquezas y admitía el oprobio de su gestión washingtoniana). No dejaba pasar ocasión de hablar de las virtudes romanas y no permitía en torno suyo la independencia de carácter. Todo enemigo, a quien la miseria obligaba a visitar la Presidencia, debía pasar, antes de recibir un cargo público, bajo las horcas caudinas de una retractación pública, frente a los áulicos en fiesta y la risa cimarrona de Bertín Mina, uno de los validos de Palacio. Conocemos escenas atroces, dignas de Estrada Cabrera o del inefable Melgarejo. Y, con todo, la verdad es que nadie puede negar los altos méritos de Porras el estadista y de Porras el patriota de las horas difíciles.

## V

Ninguno de sus coetáneos ha podido explicarse el misterioso influjo de su personalidad. Porque no caben dudas sobre las flaquezas de Porras. Porras no fue brillante abogado, ni escritor notable, ni orador de gran vuelo, ni caudillo militar extraordinario. Tanto en el foro como en las letras, en las tribunas como en los campos de la guerra civil, fue de una modiocridad indecible, el hazmerreír secreto de sus propios partidarios. Sus incursiones en el campo de la teoría jurídica no son, precisamente, memorables, y su mayor empresa bélica fue la de la trágica derrota liberal en el Puente de Caledonia, que culminaría, en 1903, con el triunfo de la conspiración conservadora. En cuanto al arte literario, Porras sintió siempre el secreto dolor de no poseer un estilo de primer orden. Hubiera dado por tenerlo muchas de sus evidentes virtudes. Así como no perdonaba la inflexible dignidad de Santiago de la Guardia, ni la capacidad de hacendista de Eusebio A. Morales, la cultura de Guillermo Andreve o de Jephtha B. Duncan, como también el terso lenguaje de Ricardo J. Alfaro, eran motivo de su irritación constante. “Pero díganme, señores, ¿qué saben Alfariño y Andreve fuera de hilvanar frases bonitas? ... ¡Díganme, señores!” —preguntaba una vez a sus áulicos —Mojica, Calvo, Icaza Fábrega— el caudillo exasperado. ¡Qué no hubiera dado, en efecto, el caudillo de levita por saber que, en trance de escribir, las palabras

acudirían dóciles y precisas al mando de su pluma, como focas amaestradas, como si fueran también miembros del Partido Liberal! Pero ello nunca fue posible. Su imaginación era un Icaro de alas de cera, destinado a caer repetidamente en el lugar común, sin jamás remontar el vuelo hasta esas alturas donde el estilo alcanza la dignidad del arte.

Arriesgo aquí una hipótesis.

Todo el mundo sabe el gusto de Porras por las citas clásicas, griegas o latinas de preferencia, porque sus autores se limitaron a los que debió estudiar durante el bachillerato colombiano. Pues bien, cabe pensar que tal particularidad se debió a la cruel certeza de su propia menesterosa condición de escritor y que esas citas y esas alusiones a Sénecas y Cicerones eran como perlas prestadas que él engarzaba en los toscos anillos de su prosa vulgar.

Sin embargo, el fenómeno político de Porras es una realidad. Desde el primer momento, este hombre –que es intelectual y culturalmente inferior a sus coetáneos eminentes– se impone a todos. Pablo Arosemena, Carlos Mendoza, Eusebio Morales y muchos otros deben cederle el paso y conformarse con desempeñar el papel de segundones. Los que le siguen a regañadientes, como los que se suman a su oposición, unos y otros deben reconocer que Porras es el factor decisivo de sus vidas. ¿Y el pueblo? ¡Ah, el pueblo! Apenas aparece este hombre de anacrónica levita, que habla de Escipión el Africano y de su amigo Toto, de Ernesto Renán y de su compadre Juan, el pueblo se convierte en dócil arcilla para sus manos de taumaturgo.

Y la verdad es que, al verificar el hecho evidente de que Porras, virtud por virtud, calidad por calidad, talento por talento, no sobresale entre el brillante equipo de su generación, el fenómeno de su triunfo, de su indiscutible imperio sobre la vida cívica panameña de 1910 a 1930, no encuentra explicación fuera del misterio de las potencias psicológicas que forman eso que vagamente se llama la magia de la personalidad, el extraño imán que atrae y sujeta las voluntades sin que la razón pueda explicar el mecanismo.

Tal vez, en este punto, cabe observar lo que Porras significa socialmente. Fuera de breve episodio de Carlos Mendoza, Porras es el primer Presidente popular, que no pertenece ni está vinculado

con los círculos de la oligarquía “de adentro”, como se decía en el pintoresco lenguaje de la época. Más aún: Porras entra en conflicto con ella, como lo indica el hecho de que no fuera admitido en el Club Unión, el centro de las viejas familias. Además, al organizar las primeras estructuras del Estado panameño, Porras es instrumento del progreso y, en consecuencia, el primero en resquebrajar el edificio de los viejos privilegios: registro de propiedades, impuestos, etc.

Posiblemente, es aquí, en esta esfera socioeconómica, donde el biógrafo de Porras encontrará la posible explicación de sus continuos triunfos y la verdadera importancia del caudillo de levita.

## VI

De todos modos, por estas contradicciones de su carácter, por las múltiples facetas de su personalidad, por los aciertos y los errores de su carrera, la biografía de Porras no podrá ser escrita por sus contemporáneos. Se escribirán, tal vez, gruesos volúmenes llenos de pesada aunque útil información; se contarán cien anécdotas; se agotarán las posibilidades del vituperio y los recursos del ditirambo, pero la imagen real del egregio tableño quedará siempre borrosa, incompleta, inaccesible.

Cuando pasen los años y los episodios de su vida pública y privada sean amarillas hojas de archivos arrumbados y, por otra parte, el constreñimiento tácito de las convenciones sociales no imponga más sus tajantes limitaciones, entonces alguien podrá aprisionar el huidizo perfil de Belisario Porras. Y deberá ese biógrafo futuro ser capaz de equilibrios extremos para no aprobar ni repudiar esto o aquello.

La biografía de Porras debe ser escrita lejos del taller de un escultor, porque en su caso no conviene la estatua de actitud fija, es decir, el frío resumen cronológico de sus acciones, junto al ditirambo o la diatriba. Tal vez convendría el ejemplo del retrato al óleo de diversos tonos y reflejos cambiantes. El hecho es que el biógrafo no debe aprobar ni condenar a Porras, sino simplemente *observar* a Porras, ver desenvolverse su vida en su puro acontecer

fenomenológico. Casi me atrevería a sugerir, como modelo estilístico, una forma equivalente de la fuga. En efecto, convendría emplear un estilo o método que corresponda a ese arte supremo que consiste en iniciar una frase y, en la mitad de ella, otra diferente, y otra y otra, entrelazándolas y desarrollándolas, armónicamente, como diversas voces concordantes, y unir las luego en un esbelto chorro musical que, al volver hacia la tierra, en un derrumbe de arcos transparentes, deja un instante en el aire el diseño tembloroso de su forma. *And yet...*

Quizás así podría lograrse una imagen cabal de este hombre a quien cinco generaciones panameñas vieron surgir del fondo oscuro de la provincia y llegar, con paso ineluctable, a las cumbres del poder político, y cuyo nombre repetido con acentos de amor unas veces y con timbres de odio las otras, nunca dejó de resonar a lo largo de un dilatado período, como un leit-motiv sinfónico que, a través de los varios movimientos, va indicando la presencia de una melodía preponderante.

## VII

En la preparación de esa biografía será necesario, inevitable contar con los papeles privados de Belisario Porras, con ese temido “archivo de la dignidad nacional”, como él decía y sus familiares se complacen en repetir. Se dice, además, que las memorias del caudillo fueron terminadas por éste. Esos archivos y esas páginas inéditas constituirán sin duda un posible ábrete-sésamo de la personalidad de este hombre que nunca tuvo en vida un confidente, un amigo íntimo, que jamás confió en persona alguna. Las memorias son un género literario que cultivan los soberbios y los solitarios y Porras fue, en medio de sus liberales y de sus multitudes entusiastas, un doloroso solitario, un Robinson moral que ni siquiera tuvo la melancólica compañía de un viernes fraterno.

¿Cómo se presentará en esas memorias? Hombre sobremano complejo, que se valía de sus amigos y de sus enemigos como simples instrumentos de su voluntad y para quien los unos y los otros eran la sístole y la diástole de su corazón de capitán, el hecho

obvio es que Porras se apoyaba, psicológicamente, en sus partidarios y en sus opositores. Francisco Arias Paredes y Enrique A. Jiménez, por ejemplo, eran la melodía y el contrapunto de su vida. ¿Qué hubiera hecho él, en efecto, durante las tertulias de Palacio, si no hubiera contado con un enemigo tan fiel y tan gallardo como Arias Paredes? ¿Sobre qué hombro se hubiera podido reclinar entonces para lamentar “esos ataques de Pancho, esos ataques, hombre...!”. Y todos sus áulicos sabían que cuando no encontraba un artículo contra él en la prensa, pasaba el día malhumorado, falto de ese estímulo, de ese diario pretexto para la comedia del juego político. Porque, en verdad, Porras pensaba, como Wilde, que el silencio es el ultraje supremo. Y así, entre los aplausos y los silbidos, Porras estaba en su elemento, ya que sólo temía a la soledad, a la paz política y a la indiferencia, esa antesala del olvido.

## VIII

Otro elemento misterioso de la vida de Porras es el papel que desempeña en ella la inefable divinidad que es el azar. No hubo, en efecto, circunstancia adversa que no resultara, a la postre, benéfica para él. Porras, como es sabido, por independencia moral que mucho le honra, no aceptó el movimiento de 1903, en el que participaron únicamente hombres alejados de las fuerzas populares en que fundaba su acción. (Los jefes políticos panameños, los verdaderos, solo colaboran con la Junta de Gobierno a partir de la noche del 3 de noviembre), cuando los miembros de ésta, incapaces de crear por sí solos los instrumentos necesarios al nuevo Estado, no tienen más remedio que recurrir a los intelectuales y caudillos de la época. Así, el destierro y la humillación que sufre Porras como consecuencia de su actitud le sirven a maravilla cuando más tarde, libre ya de celos y resentimientos, se destaca entre los jefes liberales como el único capaz de conciliar y cohesionar las fuerzas del viejo Partido.

Y un último ejemplo de buena fortuna; en vísperas de morir, un episodio aparentemente trivial sirve como patética justificación

de una de sus obras públicas más criticadas. Acontece que Porras no pudo contar con los auxilios del Hospital Santo Tomás porque no había una habitación donde alojarle.

Yo veo en este hecho un alto designio estético, la acción mafiosa de la historia. El Hospital Santo Tomás, homenaje personal de Porras a la terquedad razonada de un amigo, su “amigo Toto, que era alto, rubio, musculoso y fuerte”, ese Hospital, el “monstruo de cemento”, el “elefante blanco”, como lo calificaban con oriental hipérbole los enemigos de Porras, al cabo de tan solo veinte años, no puede recibir a su Creador porque todas sus salas están colmadas de enfermos. Se diría que Clío preside realmente el tumulto azaroso de los hechos humanos y que su genio mueve los hilos de la historia. Aun en trance de muerte, la buena estrella política no abandona a Porras y continúa brillando como en una campaña electoral, como si fueran necesarios los votos populares para morir en paz.

## IX

Los últimos años del tableño tuvieron el aire melancólico de quien se obstina en no aceptar la dura lección del tiempo. Diplomático en Londres y en París, regresa a Panamá en medio de una áspera campaña política. Las llamadas fuerzas liberales, en las que se encuentran casi todos los amigos y los enemigos de Porras, se han unido contra el régimen del momento. Una manifestación se organiza para recibir al anciano. Y por las calles panameñas marcha Porras a la cabeza de miles y miles de manifestantes. Me tocó caminar a su lado. Vestía levita azul y chaleco claro. Daba el brazo a Francisco Arias Paredes. Un sol espléndido presidía la fiesta liberal. “Es el sol de Austerlitz”, dijo el caudillo a su compañero. “¡Y ahora estamos unidos, Pancho; somos invencibles!”. La campaña política fue un desastre. Pero Porras había gustado nuevamente el vino fuerte del aplauso y de los vivas. Durante unos años más seguiría prestándose al juego de los clanes, incluso de sus familiares que, a espaldas del indefenso octogenario, ofrecían el apoyo de su nombre a cambio de posiciones oficiales.

“Tengo grandes proyectos... grandes proyectos...”, repite, incansablemente. Pero el tiempo ha gastado la vieja lámpara de Aladino con la cual supo dominar las muchedumbres y realizar milagros electorales. La vida de Porras declina dulce y burguesamente, entre los mimos de su esposa y de su hija, como cae la tarde en el trópico, cuando avanza la noche inevitable.

Nuevas generaciones panameñas ven pasar a este viejo atildado y hermoso que suele caminar por la Avenida Central, para tomar su necesario “baño de muchedumbre”, o pasear en automóvil, hacia las últimas horas del día, acompañado como siempre por sus Antígonas familiares. Pero ya su presencia no suscita el entusiasmo, sino apenas la curiosidad y el respeto.

En un atardecer de 1940, junto a las ruinas de la antigua Panamá, puede ver por última vez al gran repúblico. Se había quedado solo, en el coche, mientras sus acompañantes visitaban la vieja Torre. Miraba hacia el mar. ¿En qué estaría pensando? ¿Escucharía, acaso, el eco de remotas voces y lejanos combates? O, tal vez, al ver cómo la sombra y el silencio crecían en torno suyo, el viejo agnóstico trataba de responder anticipadamente a la gran incógnita futura... ¡Qué maravilla sería poder encontrar a los compañeros de la edad madura! ¡Vencerlos una vez más! Pablo Arosemena, Carlos Mendoza, Santiago de la Guardia, Eusebio Morales, Francisco Filós... ¿Y Rodolfo Chiari? Chiari, no. Con éste las cuentas estaban claras. Pero con Arosemena y Mendoza... ¡Ah, con ellos la cosa era diferente! La discusión y la hostilidad continuarían eternamente.

Había caído la tarde. Una sombra fúnebre envolvía ya el rostro del caudillo. La esposa y la hija regresaron al coche y unos instantes después el caudillo de levita se perdía entre la tibia noche panameña.

## X

Y se perdía también en mi memoria hasta esta mañana de Río de Janeiro en que escribo bajo la emoción de la noticia que menciona la muerte de Porras, el 28 de agosto de 1942, en mi lejana Panamá. Con todo, a pesar del mar y la montaña, esa emoción es tan honda que suprime el tiempo y el espacio. Poco a poco, voy imaginando una última escena posible.

Si el Doctor Porras hubiese podido contemplar sus propios funerales, al ver reunidos a los antiguos enemigos y a los amigos de siempre, enlazados ahora por innúmeros recuerdos comunes y por la familiar presencia de la muerte, quizás entonces se le hubiera visto acercarse a los primeros y exclamar con cierta ternura irónica que le era característica: “¡Ustedes también han venido, señores! ¡Pero qué gusto me dan, pero qué gusto me dan...!”. Y se alejaría después, convencido de su fama y de esta nueva prueba de su imperio político, sombrero en mano, saludando a izquierda y a derecha con garboso talante mosquetero, a ver si en el mundo de la muerte hay también campañas electorales y nuevos laureles para su nunca satisfecha frente de vencedor.

**LLORENT Y PORRAS**

**(Estampa)**

*Fray Rodrigo*

Cuando se inició la reorganización de nuestra escuela primaria y se dio a ésta la orientación que ha ido perdiendo hasta convertirse hoy en un desastre –allá por los años inmediatamente posteriores a nuestra separación de Colombia– perdió su puesto de Inspector de Instrucción Pública aquel gran espíritu que se llamó José A. Llorent, maestro de escuela él mismo primero y luego doctor, título que se le adjudicó por el agua clara de su ingenio y el tesoro inapreciable de su inteligencia.

Los episodios revolucionarios que culminaron con la gesta de noviembre de 1903; la amistad pegajosa de que gozaba Llorent en los altos círculos sociales y en las más influyentes esferas políticas de la nación recién constituida y el trato de “TU” que su aristocracia negra solía dispensar a todos aquellos a quienes encontraba a su paso de nada sirvieron para que el Doctor pudiera librarse de ser sustituido en su puesto...

Liberal incorregible, erudito en el saber y de elegancia estudiada en el hablar, Llorent, desde la tribuna prestigiosa de la Línea de Fuego del Parque Santa Ana –por aquellos tiempos más humano, más acogedor, más cordial y menos hipócrita que hoy– dejaba sentir su cólera y despecho por el ultraje infringido al dejar en su cargo “a un mozalbete que, como decía, apenas sabe persignarse y eso porque yo se lo enseñé”.

Se lamentaba Llorent, pero siempre con dignidad y orgullo, de la indiferencia y despego con que se le trataba por sus compañeros liberales que lograron posiciones ventajosas y de decisiva influencia en el gobierno y que, según él, no merecían mejores distinciones que cualquier otro liberal...

–Miren Uds., decía Llorent en la Línea de Fuego, allí ven al negrito Heliodoro Patiño, al jovencito Guillermo Andreve, al pausado Carlos Mendoza y Carlos Muller viviendo como grandes

personajes mientras que yo, el doctor José Llorent, olvidado de todos y por todos. Tamaña injusticia será castigada... Ya lo verán...

Inútiles fueron las gestiones hechas por los caballeros citados tal como fueron las realizadas por Llorent para lograr un puesto en el gobierno y poder así, con mayor comodidad y soltura, vestir mejor, comer a su gusto, fumar a su manera, beber a su antojo y jugar lo que sobraba al billar, al dominó o a los dados, pecados todos a los que era muy inclinado el gran Doctor.

Llevando con dignidad y señorío los años de sus vacas flacas, lo sorprendió la noticia de la llegada al país del doctor Belisario Porras, el gran jefe liberal de todos los tiempos... Y con la noticia, se acabaron las lamentaciones para convertirse entonces en amenazas para los que habían sido “malos” con él...

“Ya viene Belisario y pondrá a cada uno en su lugar”, gritaba entusiasmado y engréido por todos los rincones de la ciudad por donde paseaba su simática y atrayente figura de cisne negro... Y de la noche a la mañana se trasformó en constante panegirista del doctor Porras y en asiduo visitador de doña Sara viuda de Correoso, en cuya residencia se alojaría el insigne liberal y estadista tableño...

La llegada de Belisario Porras presagió el triunfo absoluto de la causa liberal; su presencia despertó entusiasmo en las masas, entusiasmo que lo llevó a la Presidencia de la República, para consuelo y alegría, muy especial de Llorent.

Meses después de su llegada, asumió el poder el doctor Belisario Porras y con esto se hizo más decisiva e influyente la situación de liberales como Heliodoro Patiño, Carlos A. Mendoza, Guillermo Andreve, Carlos Clement y Carlos Muller, entre otros.

Llorent, por su intimidad con Belisario Porras y el cariño que éste le guardaba así como la ayuda que solía prestarle doña Sara viuda de Correoso, sostén espiritual del estadista tableño, no esperaba sino grandes oportunidades para vivir bien, en su gobierno. Pero los meses pasaron y Llorent continuaba sufriendo indiferencia y olvido. Encolerizado por esto, dirigió sus baterías de crítica violenta contra el amigo en el poder.

La Línea de Fuego de Santa Ana, animada por la ira justa del “Caruso de la palabra hablada”, alcanzó fama desconocida hasta entonces y motivó el envío de íntimos de Porrás a recoger informes populares...

Una buena tarde, en el lujoso “lando” presidencial pasó el doctor Belisario Porrás en los precisos momentos en que Llorent peroraba... y alguien dijo:

—Allí viene su hombre, Doctor...

—¿Cuál hombre?

—El doctor Belisario Porrás...

—Nada quiero saber de Belisario. Para mí no ha llegado aún a la Presidencia. Cuando me dé un empleo, las cosas serán distintas... Mientras tanto, seguirá viviendo, para mí, en casa de doña Sara, la santa mujer de todos los tiempos...

—Se le ha quedado mirando, doctor. Buena señal...

—Para lo que me importa con Belisario... No iré a mendigarle empleos... que me busque...

Informado el doctor de las palabras de Llorent, lo envió a buscar con el negro Mina y cuando éste le encontró se suscitó este diálogo:

—Doctor: lo estaba buscando...

—¿Y qué me puedes dar para que me busques?

Yo nada, pero el doctor sí...

—¿Cuál doctor?

—El doctor Belisario Porrás. Me ordenó que le dijera que lo espera mañana a las nueve de la mañana en la Presidencia. ¿Qué le digo?

—Que si tengo tiempo, voy. Tengo muchos trabajos que hacer y no puedo perder tiempo visitándolo. Y le dirás tal como te lo he dicho...

—Está bien, doctor. Así lo haré...

Minutos después, José Llorent entraba al palacio presidencial.

Recibido que fue, se entrevistó primero con Abel Villegas, Secretario del Presidente y...

—Hola, doctor: ¿cómo está? ¿En qué le puedo servir?

—He venido a hablar con Belisario y eso porque como necesita de mí, me envió recado con el negro Mina... ¿En dónde está metido Belisario?

—En su despacho. Ya hablará con él.

—No estoy para antesalas...

—¡Pasa Llorent, pasa...!

Y mirando a su alrededor, sonrió maliciosamente a los que esperaban entrevistarse con el Presidente y que habían llegado mucho antes que él. Se levantó, magnífico y soberbio para desaparecer instantes después en el despacho del Presidente de la República...

Sentados en amplios y muelles sillones, los dos amigos se miraron sin decirse una palabra. Rompió el silencio la frase favorita de Llorent:

—¡Parecemos dos águilas que se contemplan, Belisario!

—Yo diría cóndores... Pero te ves muy bien, Llorent: bien vestido y macizo. Se nota que comes, fumas y bebes como un rey...

—Sí; con la plata que me dan los liberales como tú...

—Si es así, ¿por qué te quejas?

—Mira, Belisario. La Magdalena no está para tafetanes y mira cómo me vas a arreglar mi problema. Es una vergüenza que ahora que estás tú en el potro vaya el doctor Llorent a quedar fuera del baile... Tienes que darme un empleo...

—Eso lo había pensado...

—¿Por qué no procediste?

—Porque me han informado que me estás atacando artera y desastrosamente en la Línea de Fuego... Te has convertido en gratuito enemigo mío...

—¿Y es que la Presidencia te ha dado por eso?

—A qué te refieres?

—A eso de dar crédito a todo lo que te digan...

—¿Pero es o no cierto que hablas mal de mí en Santa Ana?

—Hablo mal del gobierno liberal que no se acuerda de personas como yo y no he hablado jamás de Belisario Porras, lo cual es distinto...

—¿Pero no te das cuenta de que Belisario Porras y el Presidente Porras son una misma persona?

—¿Quién es el Presidente Porras?

—Pues yo, hombre, yo...

–Errado. Belisario Porras será el Presidente Porras cuando me haga justicia...

–¡Siempre he tenido el mejor concepto de ti, Llorent!

–Ni como, ni bebo, ni fumo, ni me visto con eso. Quiero algo práctico y que rinda.

–¿Como qué?

–No te hagas el inocentón, Llorent... Tú quieres un empleo...

–Exactamente. Un empleo que sea digno de mi personalidad, de los servicios prestados al país, a la juventud y a la humanidad en general. No quiero un empleo para salir del paso y, sobre todo, que esté a tono con mi personalidad.

–¿Le has echado el ojo a alguno que te guste?

–Lo dejo a tu elección...

–Correcto... Vamos a hacer una cosa, Llorent: te darás una vueltecita por las oficinas públicas y cuando veas algún puesto vacante, me avisas. Te hago nombrar enseguida.

–Mira, Belisario: soy muy viejo para que me vengas con estas proposiciones. Tú puedes darme ahora mismo el empleo que quieras pero digno de mí...

–Pero Llorent, si es lo más lógico...

–Yo no voy a pasear por las oficinas públicas preguntando si hay vacantes...

–Entonces encargaré a Villegas para esa comisión.

–Deja a Villegas tranquilo que conozco ese trick tuyo... Y te advierto una cosa: la gente está caliente contigo por eso: por las recomendaciones y por eso de “Hablaré con Villegas...”.

–¿Conque todo eso anda hablando la gente?

–Eso y mucho más hablará cuando sepa que salgo de aquí con las manos vacías...

–¿Cómo hacemos entonces? No quieres entrar en razones, Llorent... ¿De dónde voy a sacar un empleo como el que quieres?

–Eso son asuntos tuyos porque tú eres el Presidente no yo...

–¡Vaya...! ¿Ya comienzas a considerarme como el Presidente de la República?

–Porque ya comienzo a considerarme como empleado de gobierno...

–Está bien... Espera un momento... Déjame pensar un poco...

–Todo el tiempo que quieras, Belisario...

-Ya está. ¿Estás dispuesto a viajar?

-¿Hacia dónde?

-Al exterior... Puedo nombrarte Cónsul...

-No viejo; quiero quedarme en Panamá para defenderte contra los ataques de tus enemigos...

-¿Qué te consigo aquí?

-Busca... busca... pero de aquí no salgo sino con un empleo...

-¿En dónde...? ¿En dónde...?

-No sé en dónde, pero de Panamá no salgo...

-Te salvaste, Llorent... los americanos están terminando el Lago de Gatún...

-¿Y qué tiene que ver eso con lo de mi pueblo?

-Mucho. Hay gran cantidad de tierras al borde de ese lago, que quedarán bajo nuestra jurisdicción. Puedo crear un puesto para ti por esas tierras...

-Ya te dije que si me das algo tiene que ser en alguna parte dentro de la ciudad...

-Pero no me dejas hablar... Mira: puedo crear el puesto de Inspector de las aguas del Lago Gatún y sus tierras que lo bordean...

-¿Y cuántos balboas recibiré por ese delicado cargo, Belisario?

-Te podría señalar unos trescientos balboas...

-La cosa cambia de especie, Belisario... ¿pero tendré la obligación de estar viajando por esos lugares insalubres?

-Eso sería cuestión tuya. Yo te nombro; tú tomas posesión del cargo; tú trabajas y tú cobras...

-¿Quién sería mi jefe?

-Nadie. En último caso, yo.

-Ni una palabra más. Aceptado el cargo pero con una condición... Como te pongas a oír los bochinches de los liberales sobre este asunto, te renuncio el cargo. A ti te gusta mucho atender a chismecitos de los liberales... Y ahora, Belisario, abraza al doctor Llorent porque desde este instante eres el verdadero e innegable Presidente de la República... y cuidadito con los bochinches de los negritos liberales que infestan tu despacho...

Y de soslayo miró al bueno del negro Mina...

## DISCURSO PRONUNCIADO EL DIA DE SU ONOMASTICO, 28 DE NOVIEMBRE DE 1922

*Octavio Méndez Pereira*

“Y efectivamente, señor Doctor, así como esa multitud que os está aclamando, reconoce en Vos un Jefe prestigioso, y un firme paladín, yo que me he paseado desde la angostura de Tehuantepec, hasta las cumbres más altas de los Andes bolivianos, puedo proclamar vuestra superioridad y repetir las opiniones que sobre vuestra elevada personalidad he oído de los propios labios de eminentes personalidades, de sabios políticos y de notables de esta lista de América”.

“Vuestro nombre no ha quedado reducido a las cuatro paredes de un gabinete de Abogado, a las columnas estrechas de un periódico, ni a un reducido prestigio provinciano. Vuestro nombre ha salido de los moldes reducidos de la Patria que os vio nacer, cuyas brisas mecieron vuestra cuna y en cuyas escuelas aprendísteis a deletrear las primeras letras, y las lecciones de administración pública, del derecho del ciudadano, y de las conquistas de la democracia”.

“Yo he leído vuestra historia, página por página, desde que tuve el placer de acogerme en mi destierro a esta Patria hospitalaria, que es Chile, y es porque me interesaba todo aquello que se eleva más allá de los niveles naturales. Os he conocido en los campos de batalla dirigiendo con cuidadoso criterio militar, las huestes liberales hacia el triunfo: Os he visto fugitivo por los montes evadiendo persecuciones de rivalidades personales, sin más bagaje que vuestra conciencia, vuestro talento y vuestra perseverancia, alimentados de raíces, pero alimentando con una absoluta fe en los triunfos del porvenir”.

“Os he visto dominando multitudes con el mágico don de vuestra oratoria convincente, os he visto como Magistrado, procurando el embellecimiento de vuestra Patria, logrando abrir vías de comunicación, primera base del desenvolvimiento agrícola; ecuánime como gobernante, habeis sabido siempre buscar a los hombres para los puestos públicos y no los puestos para los

hombres, y os habeis sabido rodear de colaboradores que engrandecen la instrucción, desarrollan el fomento, estrechan las relaciones con los otros países de la tierra, y sabe defender con mano firme y con cultura política las instituciones nacionales”.

---

*(Discurso pronunciado por el Dr. Octavio Méndez Pereira en el año de 1922, UN GRAN DEMOCRATA DE E. Otero Guzmán).*

## MIS PRIMEROS RECUERDOS DE BELISARIO PORRAS (Mi Misión al Ecuador, de Ensayos, Documentos y Discursos)

*Eusebio A. Morales*

Entre el Doctor Porras y yo existe la amistad más cordial e íntima desde el día que nos conocimos, en el año de 1888. Era yo un jovencillo, recién salido del colegio, muy amante del estudio, y siempre deseoso de presenciar exámenes y fiestas escolares, cuando dos amigos, los hermanos Valverde que me servían de guías y directores en Colón, fueron invitados por el Doctor Simón Araujo a presenciar los exámenes finales, y ahí conocí al Doctor Porras, quien si mal no recuerdo era profesor de la institución.

Mi primera impresión al verle fue la de que era un extranjero, un alemán o un suizo, de piel blanca, cabello rubio, y gafas profesionales; pero luego conversamos, cambiamos ideas generales sobre enseñanza y nació entre los dos una viva simpatía, que luego en el curso de los años se fue convirtiendo en amistad íntima, atraídos recíprocamente por la identidad de ideas y aspiraciones, y por un irreprimible espíritu de rebeldía contra toda opresión, que ha sido nuestro vínculo más estrecho.

Escribimos juntos en los Anales Judiciales, y en La República, periódicos de distinto carácter, pero ambos de combate, y cuando el Doctor Porras se ausentó de Panamá en 1896, yo era uno de sus más íntimos confidentes.

Cuando estalló la revolución liberal armada en 1899, y los Jefes del Partido en Panamá se hallaban impotentes para lanzarse a la guerra, pensamos todos en que el Doctor Porras debía venir del exterior si se conseguían algunas armas, para contribuir con el concurso del Istmo a hacer más pronto el triunfo del Partido Liberal.

Y al discutirse sobre quien debía ir a Nicaragua a tratar con el Doctor Porras la grave cuestión de su venida con una expedición armada, fui designado yo por las circunstancias personales que he mencionado.

A propósito de las discusiones que precedieron a mi viaje, recuerdo una con el Dr. Pablo Arosemena, quien no se oponía al plan de la invasión al Istmo, pero la consideraba muy aventurada y peligrosa.

“En el interior no encontrarán ustedes quien tome un rifle; apenas desembarquen todo el mundo se irá a los montes, en fuga, y después que hayan pasado ustedes con los pocos soldados que traigan, todos los pueblos se les volverán enemigos al ver que les han comido sus gallinas, los pavos y los marranos. Usted verá, pero dígame al doctor Porras que algo hay que hacer.

Salí de Panamá el 10 de enero de 1900 y llegué a Managua unos cinco días después. No me cansaré de repetir lo que muchos amigos saben sobre mis impresiones al llegar a Nicaragua.

Yo pensaba encontrarme ahí con un hombre en circunstancias modestísimas, como pasa casi siempre con los extranjeros que van sin recursos a buscar fortuna en tierras desconocidas, y mi sorpresa fue inmensa al ver que el Dr. Porras se encontraba en una posición realmente envidiable.

Tenía en Managua a sus dos hijos Belisario y Demetrio Antonio internos en un buen colegio; desempeñaba el cargo de Consultor del gobierno, con el aditamento de disfrutar de la confianza personal del Presidente Zelaya; era abogado de una compañía de navegación establecida en Blufield, y tenía además una importante clientela privada. Era Profesor de Derecho Internacional en la escuela de Derecho de la Universidad y no tenía más ocupación productiva, porque a pesar de su increíble laboriosidad, las horas del día y muchas de las de la noche, eran insuficientes, no eran suficientes para atender ese cúmulo de trabajo.

Por último en un concurso abierto por el Gobierno Nacional, había obtenido un premio por la presentación de *La Geografía de Nicaragua*, su obra había sido premiada por ser la más completa.

Pocos meses antes de llegar yo el Doctor Porras había sido nombrado Cónsul de Nicaragua en Londres, y estaba próximo a partir, en esos instantes estaba próximo a dirigir personalmente la edición de un libro. Pero estalló la revolución colombiana, y era un hombre en aquella situación a quien iba yo a pedirle que

abandonara a sus hijos, que despreciara una fortuna segura, y que perdiera además una posición social y política privilegiada, para correr a los azares de una invasión armada, los peligros más grandes y hasta la muerte.

Debo confesar que aquello me pareció, como le parecería a cualquier persona juiciosa, una enormidad que llegaba a los linderos de lo absurdo. Generalmente el revolucionario debe ser algo aventurero, y de desesperado y yo iba a convidar a un amigo querido a tomar parte en una aventura extraordinaria y peligrosa, precisamente en los instantes en que este amigo había logrado su tranquilidad de espíritu y seguridad económica, después de torturas íntimas inmensas, se hallaba en plena prosperidad, gozando de envidiable posición social, querido de todas las capas del pueblo nicaragüense, estimado, agasajado, sin enemigos, sin penas.

Narro estas circunstancias, porque ellas forman parte de como conocer el temple de un carácter, y son datos positivos para estimar la calidad de su patriotismo.

El doctor Porras no vaciló un solo instante. El deber nos llama me dijo, cumplámoslo sacrificándonos todos, hasta nuestras vidas. Sé que vamos a lanzarnos a una ventura sin precedentes, llena de azares, de sufrimientos y peligros, pero no podemos evadir el sentimiento del deber, y lo cumpliremos con fe, con valor, con entusiasmo; estas fueron poco más o menos sus palabras, dichas con la vehemencia del convencido y repetidas después siempre que hablábamos sobre nuestros planes.

No es preciso que haga yo comentarios sobre esa actitud del Dr. Porras, pues ella se comenta por sí misma; pero la historia de los sucesos que él narra en su libro, demuestra que en aquella empresa no le tocó como cosecha final sino el sacrificio de todo, fortuna, posición social, amistades, influencias; no salvó sino la vida y el prestigio que se adquiere y conserva cuando se arriesga todo por servirle a una doctrina o por realizar una aspiración nacional.

## **MI VISION DE BELISARIO PORRAS, EL ESTADISTA Y EL HOMBRE**

*Dr. Arturo Morgan Morales*

He aceptado con singular simpatía la invitación que me ha formulado el Señor Director del Registro Civil para rendir un homenaje a Belisario Porras en el sitio que le fue más familiar. Nos reunimos frente a su residencia, ante su estatua, en el centro mismo de la urbanización que él proyectó, para conmemorar una de sus más notables realizaciones. Me siento particularmente honrado de hablarles de Belisario Porras porque me ligan con el ilustre estadista vínculos indestructibles en el recuerdo y en la sensibilidad.

Tuve la dicha de conocerle íntimamente durante sus últimos años y de poder apreciar aún en el tramontar de su vida, la gran inteligencia, la ilustración, la creatividad extraordinaria y su inmensa laboriosidad.

En nuestro país mucho se ha hablado y se habla de Belisario Porras para ofrecerlo como ejemplo del estadista eminente, del político vencedor, del visionario lúcido. Poco se sabe, sin embargo, de su profundo interés por las ciencias humanas, de su participación, por ejemplo, en un concurso abierto por el Gobierno de Nicaragua para escribir la Geografía de ese país y en el cual su obra obtuvo el premio máximo.

Belisario Porras era también un geógrafo humano y como tal se interesaba en el estudio del medio geográfico global, es decir la tierra y los hombres que se encuentran identificados en una investigación regional.

Ese tipo de interés conduce irremediablemente a la preocupación por los fenómenos demográficos, el estado de las poblaciones, sus características vitales, los nacimientos, las defunciones y los movimientos migratorios.

Pero Belisario Porras era un jurista interesado en el estado civil y la capacidad de cada persona y un político responsable preocupado por la honestidad de las contiendas electorales.

Por ello es comprensible que desde su primera administración presidencial Porras se preocupara por organizar en forma más

ordenada las bases para un mejor conocimiento de la población panameña: Saber quiénes somos, cuántos somos, dónde vivimos y cómo crecemos.

La institución del Registro Civil constituye un cambio cualitativo fundamental en este orden de ideas. Fue el resultado de la convergencia de diversos factores entre los que sobresale la decisión política de laicizar tan necesaria institución. Pues, ¿cómo sería posible planificar un país, organizar su desarrollo, sin conocer ese medio global constituido por el territorio y las poblaciones que lo habitan. ¿Cómo sería posible tener una vida política sana y una participación pública honesta si no conocemos con precisión la capacidad jurídica y el estado civil de cada ciudadano panameño?

Antes de 1914 era casi imposible hacer un estudio demográfico riguroso del Istmo de Panamá y determinar con la mayor precisión el estado civil de una persona. Los artículos publicados sobre el tema en 1919 por Eusebio Morales en el Diario de Panamá revelan las inmensas dificultades que encontró el autor. Los datos de que disponía entonces un investigador en el país eran incompletos, fragmentarios y a menudo casi inútiles.

¿Cuáles eran estas fuentes? Para las poblaciones urbanas, es decir, para la ciudad de Panamá, se contaba con los archivos parroquiales, las listas mensuales de entierros diarios en los cementerios capitalinos en la época del Canal francés, y un registro civil, aunque incompleto, de nacimientos, defunciones y matrimonios desde 1858.

En cuanto a los archivos parroquiales existían los de las iglesias católicas de La Merced y de Santa Ana y el de una parroquia metodista desde 1865. El más completo, el de La Merced, conserva datos a partir de la época colonial ya que sus libros de bautismo existentes remontan a 1742, pero con innumerables lagunas. El libro más antiguo de defunciones que se conserva sólo data de 1764 y también contiene omisiones.

En cuanto a las poblaciones rurales las únicas fuentes estadísticas existentes eran los registros parroquiales de La Chorrera, Santiago, San Francisco, Penonomé, Antón, Natá, Parita, Chitré, Los Santos, Las Tablas, y Alanje, muchos de ellos dañados por las inclemencias del clima, las guerras civiles, los incendios y la incuria de los hombres. De tal forma ninguna de ellas va más allá del siglo XVIII.

También se contaba en Panamá con algunos censos de población realizados durante el siglo XIX, en particular los de 1851 y 1870, realizados con fines electorales, los cuales estaban llenos de omisiones y alteraciones.

Francisco Posada, en su "Directorio General de la Ciudad de Panamá, publicado en 1894 dio algunas valiosas estimaciones. Pero el resto de la información debía buscarse fuera del país en Sevilla, Madrid, Lima, Bogotá, Washington, Londres, París y otras capitales extranjeras.

El Doctor Omar Jaén Suárez en su obra fundamental intitulada "La Población del Istmo de Panamá" cuya segunda edición ha sido recientemente publicada, nos ofrece elementos y métodos para poder empezar a armar las partes del rompecabezas y nos presenta la primera obra moderna y científica sobre el tema que tanto interesaba a Belisario Porras.

Por otra parte, el estudio de las poblaciones humanas con el correr de los años ha precisado y afinado sus métodos propios, ha expandido el campo de sus investigaciones y se ha convertido en una ciencia autónoma cuyo dominio se coloca entre las matemáticas y las ciencias humanas. La demografía, en su modalidad más moderna, ha hecho su aparición recientemente en el momento de las rápidas transformaciones de la sociedad contemporánea.

El registro de los hechos del estado civil y la práctica del censo, el progreso de las matemáticas y del cálculo de las probabilidades han sido los vehículos para abastecer a la nueva ciencia con un material de observación lo más preciso y seguro posible.

La evolución demográfica presenta problemas que no pueden ser ignorados. El descenso de la mortalidad, la consiguiente explosión demográfica y la limitación voluntaria de los nacimientos han hecho que la humanidad penetre en una nueva etapa llena de interrogantes y de dificultades.

La importancia y la urgencia de los problemas de población invitan más que nunca a su prudente estudio.

En la coyuntura actual de desarrollo interno en que estamos empeñados hoy en Panamá, contabilizar científicamente nuestra población constituye una labor esencial para la planificación del

país. Sin embargo, no podemos contentarnos con la sola descripción de los fenómenos demográficos. Debemos también tratar de explicarlos, de determinar las causas y de valorizar sus consecuencias. La explicación deberemos encontrarla en el conjunto de factores biológicos, económicos, culturales, políticos y sociales que los condicionan.

La extensión y el alcance de su dominio siguen siendo los límites mismos de la vida humana: el nacimiento y la muerte. Por ello interesan los fenómenos que inciden en su frecuencia e intensidad y en particular la natalidad, la fecundidad, la mortalidad, el matrimonio y el divorcio. Además, los hombres se mueven en el espacio social como en el geográfico. Las migraciones internacionales e internas, y aún el tránsito de un grupo profesional a otro originan el impulso que modifica el equilibrio de las poblaciones e influyen sobre las tendencias demográficas y la renovación de las generaciones. La repartición por edades y sexos y la suma de nacimientos influyen considerablemente en el futuro de un país. Por ello se destaca la importancia del servicio estadístico, de los censos, de la rigurosa anotación de los datos del estado civil, del conocimiento exacto de los movimientos migratorios, los cuales sirven para efectuar los cálculos o las proyecciones del futuro. Sin dudar que el uso cada vez más difundido de las máquinas computadoras que tenemos el propósito de usar con mayor intensidad en nuestra institución, ha hecho posible la ejecución cada vez más rápida de este tipo de cálculos laboriosos.

Todo esto explica la importancia del problema y la oportunidad de hacer un alto en nuestras diarias actividades para recordar al ilustre hombre público que presidió el nacimiento de un organismo cuyas proyecciones futuras son cada vez más claras y para impulsarnos a reflexionar sobre su desarrollo en Panamá.

En cuanto a la visión del hombre, debo confesar que profundos lazos de afecto fraternal le unieron de manera singular a Eusebio A. Morales, con quien compartió angustias e ideales, en una relación que jamás se interrumpió, pese a las diferencias.

Juntos compartieron las difíciles horas de la Guerra Civil de los Mil Días, y los días tormentosos de la formación de las instituciones clásicas de la república.

Diferentes en muchas cosas, eran hombres en un constante debate, pero unidos por un conjunto de ideales que le trazaron un sendero de pródidas realizaciones a nuestra patria.

Se trataron con cariño en la vida familiar, se frecuentaban para consultarse, para discutir, para compartir lecturas y puntos de vista; para jugar al ajedrez, causa frecuente de sus más airadas diferencias.

Bibliófilos y lectores constantes, de igual manera, tenían temas de constante interés en sus prolongados diálogos, pero cautelosos y desconfiados a los extremos en cuanto a los haberes bibliográficos de cada cual.

Señores:

En este sitio tan familiar a Belisario Porras, los invito a meditar sobre una de sus obras más modernas, que a principios del siglo XX integró a Panamá al grupo de Estados latinoamericanos que llevaban registros de población más rigurosos. A finales de nuestra centuria la institución que creó Belisario Porras ha crecido y evolucionado. Ella deberá participar cada vez más en las necesarias labores del desarrollo integral de nuestro país, como por ejemplo, en los trabajos de los censos, de la planificación, de la universidad y de la administración pública. En los albores del siglo XXI, el Registro Civil, como parte del Tribunal Electoral se enfrenta ante un reto que sabrá encajar con perfecto éxito: brindar un servicio ampliado y rigurosamente científico que sirva para edificar, con plena conciencia, un Panamá más libre y más próspero.

Diferentes en muchas cosas, eran hombres en un constante debate, pero unidos por un conjunto de ideales que le trazaron un sendero de pródidas realizaciones a nuestra patria.

Se trataron con cariño en la vida familiar, se frecuentaban para consultarse, para discutir, para compartir lecturas y puntos de vista; para jugar al ajedrez, causa frecuente de sus más airadas diferencias.

Bibliófilos y lectores constantes, de igual manera, tenían temas de constante interés en sus prolongados diálogos, pero cautelosos y desconfiados a los extremos en cuanto a los haberes bibliográficos de cada cual.

Señores:

En este sitio tan familiar a Belisario Porras, los invito a meditar sobre una de sus obras más modernas, que a principios del siglo XX integró a Panamá al grupo de Estados latinoamericanos que llevaban registros de población más rigurosos. A finales de nuestra centuria la institución que creó Belisario Porras ha crecido y evolucionado. Ella deberá participar cada vez más en las necesarias labores del desarrollo integral de nuestro país, como por ejemplo, en los trabajos de los censos, de la planificación, de la universidad y de la administración pública. En los albores del siglo XXI, el Registro Civil, como parte del Tribunal Electoral se enfrenta ante un reto que sabrá encajar con perfecto éxito: brindar un servicio ampliado y rigurosamente científico que sirva para edificar, con plena conciencia, un Panamá más libre y más próspero.